

LA CARIDAD

PAX VOBIS

Semanario Católico con censura eclesiástica

Cartagena 14 de Abril de 1917

AÑO XIII

No se devuelven los originales

Redacción y Administración: PLAZA DE LOS TRES REYES, 2

Número múltiple cinco céntimos

N.º 456

La Resurrección de Jesucristo

Es el triunfo más incontrastable del Hijo de Dios sobre el infierno, sobre el mundo que le era adverso y hasta sobre los mismos Apóstoles y discípulos que heraban desolados su desamparo respecto del Maestro en quien esperaban. Fué necesario que se repitiesen las apariciones de Cristo resucitado, verle y tocarle; el que es Dios Resucitado les invitase a coconversar, a alternar, a que le diesen de comer para que quedase grabada con caracteres de fuego la creencia en el Misterio que con transportes de alegría celebra la Iglesia católica en estos días.

Muestra por el mismo hecho nuestro Divino Salvador ser Dios Omnipotente dueño de la vida y de la muerte. Y por eso es profetizado ese glorioso triunfo del Mesías con cientos de años de anticipación por los Profetas de Israel. Por citar alguno, Isaías (XI-10) asegura: «Su sepulcro será glorioso» David en fervorosa oración a Dios, exclama: «Oh Dios, «Tú no abandonarás mi alma en el abismo sombrío; tú no permitirás que tú, santo, conozca la corrupción» Claro está que se refiere al Mesías según explica el Padre Monsabré.

Y Cristo Nuestro Bien que era el Rey de los Profetas, también profetizó el magno acontecimiento a que se refería como una demostración de ser Dios. Diversos pasajes del Evangelio confirman esta aseveración. Pueden consultarse los cuatro Santos Evangelios (S. Math XII, XIV, XVI y XX); (S. Marc. IX) (S. Luc. cap. XVIII) Bien es verdad que los mismos que le crucificaron al pedir a Pilatos que pusiera guardas al sepulcro de Cristo, como él lo hizo, alegaron la insistencia con que aseguró el Crucificado: «Yo resucitaré al tercer día» Y resucitó como dijo: *surrevit terti die*, escriben los Evangelistas y demás escritores sagrados.

Tan trascendental es el Misterio que celebramos en los presentes días, que S. Pablo no vacila en sentar esta proposición: «Si Cristo no resucitó, vana es nuestra fe» (I ad Cor. XV, 17) Por su parte el P. Mir (El milagro p.º 685 1.ª edición) escribe: «Si Cristo resucitó, los artículos todos quedan en pie y nuestra fe es sólida, fundada, nuestra esperanza y la dicha del incrédulo fatal e incompatible... Por esta causa

los apologistas cristianos dieron siempre a este milagro lugar principal entre los argumentos de nuestra fe... Si el Nacimiento de Cristo, de una Virgen sin mancha es verdadero, no menos verdadera es la Resurrección... de la que tenemos pruebas históricas tantas y tan firmes que demuestran la credibilidad y verdad de este Misterio».

En opinión de un filósofo alemán:

«La Resurrección del Mesías es el suceso decisivo de una grandiosa historia; el fondo, el valor y la substancia del alma humana, desaparecen una vez suprimido este acontecimiento; en tal caso, la historia despojada del elemento divino, se convierte en un desierto, en un abismo, en un sepulcro vacío».

Los teólogos aducen razones múltiples de la necesidad de la Resurrección. Por ejemplo; S. to Tomás de Aquino demuestra: que a la justicia divina conviene exaltar a los que se humillan por causa de Dios; y Cristo lo hizo por obedecer a Dios hasta la muerte de Cruz. La Resurrección de Cristo confirma nuestra fe en su Divinidad. Excita nuestra esperanza; porque resucitado Cristo, que es nuestra Cabeza, esperamos que también nosotros, resucitaremos. Es una regla informativa de la vida de los fieles a tenor de aquello de S. Pablo (Roma, VI. 4):

«Como Cristo resucitó de muerte a vida por la gloria del Padre, así también nosotros andamos en novedad de vida... muertos para el pecado pero vivos para Dios».

Fue necesaria la Resurrección de Cristo, y Cristo resucitó. Es un hecho histórico, verdadero, cierto, demostrable y demostrado. Lo atestiguan, desde los soldados puestos para custodiar el sepulcro de Jesús de cualquier atentado y a los cuales las clases directoras quisieron tapar la boca con dádivas y amenazas, hasta sus más encarnizados enemigos que tan solo supieron urdir unas cuantas burdas mentiras; y sobre todo los millones que sacrificaron la vida en aras de la creencia en Cristo Resucitado, amén de que toda persona sensata, sobria y sensada halla tales argumentos en pro de la Resurrección del Salvador cual no concurren en otro hecho histórico.

LA PARROQUIA

Una torre que se lanza desde la hondura del suelo a regiones de esperanza, como signo de alianza entre la tierra y el cielo.

Una lengua de metal, a cuyo vibrante són la palabra celestial llega al alma del mortal y le arranca una oración.

Un dulce y seguro puerto que de todos los dolores nos pone siempre a cubierto... ¡Un gran corazón, abierto a toda suerte de amores!

Un guía que nos atiende, cuando en peligro nos ve; una madre que nos tiende sus brazos; y nos defiende con las armas de la fe!

Un ángel que la agonía de nuestros pesares temple, trocándola en alegría...

¡Eso es lo que el alma mía en la Parroquia contempla!

AUGUSTO HERRERA, Presbítero.

Una estratagema de los incrédulos

Platón, el filósofo griego, comparaba nuestro modo de ser en el terreno del conocimiento, a aquel que hubiera nacido en una oscura cárcel sin que jamás le hubiera sido dado contemplar otras escenas y perspectivas.

Y lo que es más, tan solo podía ver las sombras que los objetos exteriores proyectaban sobre las paredes de la mazmorra.

Y el Rey Salomón, el apellidado sabio por excelencia y a quien Dios colocó sobre su cabeza la corona de toda la sabiduría que al hombre viador es dado poseer, confesaba en sus años postreros, que todo cuanto nos rodea querémoslo o no, resulta incomprensible: *Intellesi quod omnium operum Dei millam possit homo invenire rationem.*

Estas consideraciones nos han venido a las mientes, al recordar ciertas falsas aserciones que pasan como moneda corriente entre gentes ignorantes y mal avenidas con los preceptos morales y obligaciones impuestas por la verdadera Religión.

Yo no creo sino lo que veo y comprendo. Ver para creer y otras sandeces a este tenor brotan hasta de entendimientos, que se apellidan progresivos y no hay que decir librepensadores, positivistas, racionalistas y otros seres de este jaez.

No solamente es por alardear de superhombres y de gentes vestidas a la moda, con lo cual dicho está, hacen

chacota del Catolicismo porque contiene en su Credo Misterios altísimos que superan a las efímeras fuerzas de la humana razón, sino que hay quienes con un desconocimiento absoluto de la materia se escondan con la respuesta que Santo Tomás, llamado Divino, uno de los doce apóstoles, dió a sus once compañeros al anunciarle la resurrección del Divino Maestro, y su conversación con ellos. Apesar de todo contestóle Santo Tomás; si yo no veo en sus manos la hendidura de los clavos, y no meto mis dedos en el agujero que en ellos hicieron y mi mano en la llaga de su costado, no lo creeré. Y prosigue el Evangelio de la Dominica de Cuasimodo (Joan XX) «Ocho días después estaban otra vez los discípulos en el mismo lugar y Tomás con ellos. Vino Jesús estando también cerradas las puertas, y púsoles en medio y dijo: La paz sea con vosotros. Después dice a Tomás: Mete aquí tu dedo, registra mis manos. Trae la tuya; métela en mi costado; y no seas incrédulo sino fiel. Respondió Tomás y le dijo: Señor mío y Dios mío! Díjole Jesús: Tú has creído Tomás porque has visto; bienaventurados aquellos que sin haberme visto, han creído».

Como el más lerdo observará no tienen les aludidos por que esconderse en la conducta del Apóstol de referencia, pues apenas se halló en la presencia del Divino Maestro, tan condescendiente y ambroso con él, depuso hasta el último ápice de incredulidad y fué siempre fiel amante de Cristo y Apóstol y Mártir de la verdadera fe.

Muchos santos hacen notar que más nos aprovechó a los fieles Santo Tomás al no creer hasta ver con sus ojos y tocar con sus manos, que si de buenas a primeras hubiera creído. Empero la renglón seguido advierten que una cosa vió y tocó el Apóstol y otra más escondida y elevada creyó aun después de la patética escena.

La otra consecuencia que a cualquiera se le ocurre, es que entre los creyentes católicos puede haberlos muy exigentes en punto a dejarse convenber, en especial si han pasado del bando de la incredulidad. No importa; también hay hijos que confían y se someten ciegamente, aunque razonablemente, a la autoridad de Cristo y de su Iglesia. Con tal no se abuse del uso de la razón, a mayor estudio y labor en el examen de los motivos de credibilidad (extrínsecos) corresponderá un to-